

ocupaciones espirituales! En tal caso serías mucho más feliz que ahora que sirves a la carne en tantas necesidades. ¡Ojalá que no hubiera esas necesidades, sino puras comidas espirituales para nuestras almas, las cuales desgraciadamente tan pocas veces probamos!

10. Cuando uno ha llegado al punto de no buscar consuelo en ninguna criatura empieza por primera vez a tener el gusto perfecto de Dios; entonces sí estará contento de cualquiera cosa que sucediere.

Entonces ni se alegra de lo mucho, ni se apena de lo poco, abandonándose todo a Dios con absoluta confianza; a Dios que para él es todo en todas las cosas; a Dios para quien nada perece ni muere; a Dios para quien todo vive y le sirve a una señal suya, sin tardanza ninguna.

11. Piensa continuamente en el fin, y recuerda que el tiempo perdido ya no vuelve. Si no tienes empeño y actividad, jamás adquirirás las virtudes.

Si empiezas a entibiarte, empezarás también a sentirti mal. Pero si te entregas al fervor hallarás profunda paz, sintiendo más ligero el trabajo por la gracia de Dios y el amor a la virtud.

El hombre ferviente y diligente está dispuesto a todo.

Peor trabajo es resistir a los vicios y a las pasiones que fatigarse y sudar en trabajos corporales.

El que no evita las faltas pequeñas resbala poco a poco hasta caer en más grandes.

Vigílate, excítate primeramente a ti mismo, ex-

hórtate. Sea lo que fuere de los demás, de ti no te descuides. Tanto será tu progreso cuanto sea la violencia que te hagas. Amén.

LIBRO II

CONSEJOS QUE INDUCEN A LA VIDA INTERIOR

Capítulo I

VIDA INTERIOR

1. «El reino de Dios está dentro de vosotros», dice el Señor. Conviértete al Señor con toda tu alma, deja este mundo miserable, y tu alma encontrará la paz.

Aprende a despreciar lo exterior, a entregarte a lo interior, y verás llegar el reino de Dios a ti.

Cristo vendrá a ti, y te dará a probar su consolación, si en tu interior le preparas digna mansión.

Toda su gloria y belleza es interior, y allí se complace.

Visita con frecuencia al hombre interior, le pla-

tica dulcemente, lo consuela suavemente, le infunde una paz profunda; su intimidad con él es admirable en extremo.

2. Vamos, pues, alma fiel: prepara tu corazón a este esposo, para que se digne de visitarte y morar en ti.

Efectivamente, dice: «si alguno me ama, guardará mi palabra, iremos a él y viviremos en él».

De modo que hazle campo a Cristo, y no dejes entrar a nadie más.

Cuando poseas a Cristo, serás rico, y con él tendrás. El será tu proveedor y fiel procurador en todo, para que no sea necesario esperar en los hombres.

Los hombres pronto se mudan, y rápidamente se acaban; pero Cristo permanece eternamente, y asiste fielmente hasta el fin.

3. No se debe tener gran confianza en un hombre frágil y mortal, aunque útil y amado. Tampoco debe causar mucha tristeza que a veces se te oponga y te contradiga.

Los que hoy están contigo, mañana podrán estar en tu contra, y al revés porque cambian a menudo como el viento.

Pon en Dios toda tu confianza; sea él tu amor y tu temor. El responderá por ti, y hará todo bien, conforme fuere mejor.

Aquí no tienes residencia permanente. Dondequiera que estuvieres, serás extranjero y viajero. Jamás tendrás reposo, si no te unes íntimamente a Cristo.

4. ¿Por qué miras a todos lados, no siendo éste el lugar de tu descanso? Tu morada deberá ser en los cielos. Por eso, hay que ver todas las cosas de la tierra como quien va de paso. Todas las cosas van de paso; tú también vas de paso con ellas.

Ten cuidado de no apegarte a ellas, no sea que te hagan prisionero y perezcas.

Piensa continuamente en el Altísimo, y eleva tu oración a Cristo sin cesar. Si no sabes meditar cosas sublimes y celestes, descansa en la pasión de Cristo, deleitándote en contemplar sus preciosas llagas.

Si te refugias piadosamente en las heridas y sagrados estigmas de Cristo, sentirás dulce consuelo en las tribulaciones, no harás mucho caso de los decires de los hombres, y fácilmente sufrirás que te critiquen.

5. Cristo fue despreciado por los hombres aquí en el mundo; en la peor necesidad fue abandonado entre los oprobios por sus amigos y conocidos.

Cristo quiso padecer y sufrir desprecios: ¿y te atreves tú a quejarte de algo?

Cristo tuvo enemigos y detractores, ¿cómo quieres tú que todos sean tus amigos y bienhechores? ¿Qué premio podría tener tu paciencia, si ninguna adversidad te sucede? Si no quieres sufrir adversidad ninguna, ¿cómo serás amigo de Cristo? Aguanta por Cristo y con Cristo, si quieres reinar con Cristo.

6. Si de una vez entraras al interior de Jesús, y probaras un poquito de su inflamado amor, para

nada te preocuparías de tus propias ventajas o desventajas; más bien gozarías de las humillaciones que se te hicieran, porque el amor de Jesús hace que el hombre se desprecie a sí mismo.

El amigo de Jesús y de la verdad, el hombre verdaderamente espiritual y libre de afectos desordenados, puede entregarse a Dios con entera libertad, puede levantarse con su espíritu arriba de sí mismo, y reposar lleno de alegría.

7. El hombre que sabe tener las cosas en lo que son, no en lo que se dice o se piensa de ellas, es el verdadero sabio, enseñado de Dios más que de los hombres.

El que sabe conducirse espiritualmente, y tener en poco las cosas exteriores, no exige lugares apropiados, ni espera ocasiones, para entregarse a ejercicios piadosos.

El hombre espiritual no tarda en recogerse, porque nunca se derrama totalmente al exterior.

Ni le estorba el trabajo externo, ni las ocupaciones que son a veces necesarias: se acomoda a todo como le viene.

El que tiene su alma bien dispuesta y arreglada, no se ocupa de los hechos asombrosos y perversos de los hombres.

Tanto se estorba y se distrae el hombre, cuanto se apega a las cosas.

8. Todo sería útil y provechoso para ti, si estuvieras bien, purificado perfectamente.

A menudo te desagradan muchas cosas y te ha-

cen perder la paz, porque todavía no estás bien muerto a ti mismo, ni desprendido de todas las cosas de la tierra.

Nada mancha tanto al corazón humano, nada lo embaraza tanto, como el amor impuro a las criaturas.

Si renuncias a la consolación exterior, podrás contemplar las cosas celestiales, y sentir con frecuencia interior alegría.

Capítulo II

HUMILDE SUMISION

1. Que no pese mucho en tu ánimo quien esté contigo, o contra ti. Pero sí procura y haz que en todo lo que hagas esté Dios contigo. Ten la conciencia tranquila, y Dios te defenderá perfectamente.

Al que Dios quiere ayudar, ninguna maldad puede dañar.

Si sabes callar y sufrir, verás ciertamente la ayuda del Señor.

El conoce el tiempo y la manera de librarte; por eso debes abandonarte a él. A Dios le toca ayudar y librar de toda confusión.

Con frecuencia sirve mucho, para guardar mejor

la humildad, que otros sepan y reprendan nuestras faltas.

2. Cuando uno se humilla de sus defectos, fácilmente aplaca a los demás; y con poco satisface a los que están enojados con uno. Al humilde, lo protege Dios y lo libra; al humilde, lo ama Dios y lo consuela; hasta el humilde se inclina Dios. Dios da generosamente su gracia al humilde; y después de humillado lo eleva a la gloria.

Al humilde le descubre Dios sus secretos, convidándolo y atrayéndolo suavemente.

Cuando el humilde sufre una humillación, no se turba mucho su pecho, porque su confianza no está puesta en los hombres, sino en Dios.

No pienses haber progresado nada, si todavía no te sientes inferior a todos.

Capítulo III

HOMBRE BUENO Y APACIBLE

1. Primero vive tú mismo en paz para que luego puedas llevar paz a los demás.

Es más útil un hombre amante de la paz que uno muy sabio.

El hombre apasionado hasta lo bueno interpreta mal, y cree fácilmente lo malo.

El hombre bueno y amante de la paz dirige todas las cosas al bien.

El que está en santa paz no tiene sospechas de nadie. Pero el que está descontento, y perturbada su alma, se inquieta agitado de sospechas varias: ni está en paz, ni deja que estén los otros. Con frecuencia dice lo que no debiera, y deja de hacer lo que más le conviniera. Atiende a lo que los demás están obligados, y él descuida sus obligaciones.

De modo que primero ten celo de ti mismo y luego podrás tener también celo de tu prójimo.

2. Tú sabes bien excusar y dar buena apariencia a tus actos; pero no quieres admitir las excusas de los demás. Sin embargo, sería más justo acusarte a ti y excusar a tu hermano.

Si quieres que los demás te aguanten aguántalos tú.

Mira qué lejos estás todavía de la verdadera caridad y humildad; el que las tiene, sólo se enoja o se indigna consigo mismo.

No es ninguna gracia poder vivir con los buenos y apacibles, pues eso nos gusta naturalmente a todos; a todos nos gusta vivir en paz, y queremos más a los que piensan como nosotros.

Mas el poder vivir en paz con gente grosera y mala, o con gente indisciplinada, o con aquellos que nos contrarían, eso sí es una gracia grande, una hazaña laudable en extremo, una cosa verdaderamente varonil.

3. Hay algunos que viven en paz consigo mis-

mos y con los demás. Hay otros que ni están en paz consigo, ni dejan estar en paz a los demás; pesados para los demás; siempre más pesados todavía para sí mismos.

Hay también algunos que viven en paz consigo, y procuran poner en paz a otros.

Toda nuestra paz en esta vida miserable debe consistir más bien en sufrir las adversidades con paciencia, que en no tenerlas.

El que sepa sufrir mejor, gozará de una paz más profunda. Ese será vencedor de sí mismo, señor del mundo, amigo de Cristo, heredero del cielo.

Capítulo IV

PUREZA DE ALMA Y RECTA INTENCION

1. Con dos alas vuela uno sobre las cosas de la tierra: la sencillez y la pureza.

Debe haber sencillez de intención, y pureza de afecto. Con la sencillez, se dirige uno a Dios; con la pureza, lo abraza y lo goza.

Ninguna acción buena te estorbará, si estás libre interiormente de todo afecto desordenado.

Gozarás de libertad de alma, si no intentas más que hacer la voluntad de Dios y ser útil al prójimo, buscando solamente eso.

Si tuvieras corazón recto, toda la creación sería para ti espejo de vida, libre de santa doctrina. No hay criatura tan pequeñita y baja, que no refleje la bondad de Dios.

2. Si tuvieras un alma buena y pura, verías claramente todas las cosas, y las entenderías bien. El corazón puro penetra el cielo y el infierno.

Como es cada cual por dentro, así juzga lo de fuera.

Si en este mundo existe la alegría, el hombre de corazón puro indudablemente la posee.

Y si en algún lugar hay tribulación y angustia, el hombre de mala conciencia lo sabe mejor que nadie.

Así como al hierro metido al fuego se le quita el moho, y se pone todo candente, así también, cuando el hombre se convierte enteramente a Dios se le quita la tibieza, transformándose en un hombre nuevo.

3. Cuando uno comienza a entibiarse, le tiene miedo a cualquier trabajillo, y le gusta buscar consuelos humanos.

Pero cuando comienza a vencerse perfectamente, caminando varonilmente por el camino de Dios, ligero le parece lo que pesado le parecía.

Capítulo V

REFLEXION SOBRE UNO MISMO

1. No podemos tener bastante fe en nosotros mismos, porque a menudo nos faltan el buen juicio y la gracia.

Poca luz tenemos; y esa poca la perdemos fácilmente por descuido.

Muchas veces ni siquiera notamos que estamos tan ciegos en el alma.

A menudo obramos mal, y nos disculpamos peor.

A veces nos mueve la pasión, y pensamos que es celo.

Reprendemos las pequeñas faltas de otros y pasamos por alto nuestras enormidades.

Muy pronto sentimos y ponderamos lo que sufrimos de los demás; pero no nos damos cuenta de cuánto lo hacemos nosotros sufrir.

El que pondere bien y rectamente sus propios actos no tendrá por qué juzgar severamente a los demás.

2. Una persona espiritual antepone el cuidado propio a todos los demás cuidados; y el que se dedica con esmero a sí mismo fácilmente guarda silencio acerca de los demás.

Si no callas acerca de los actos ajenos y te miras

particularmente a ti mismo, jamás serás espiritual ni piadoso.

Si te dedicas por completo a ti mismo y a Dios, ninguna inquietud te causará lo que veas en tu exterior.

¿Dónde estás cuando en ti no estás? Y cuando hubiste andado por dondequiera, ¿qué ganaste con descuidarte?

Si has de alcanzar la paz y la unión verdadera con Dios, es preciso que vuelvas la espalda a todo, teniéndote a ti solo a la vista.

3. Mucho aprovecharás, si te conservas libre de todo cuidado del mundo.

Fallarás mucho, si tienes en algo cualquiera cosa del mundo.

Que para ti no haya nada grande, ni sublime, ni agradable, ni deseable, sino sólo Dios o lo que sea de Dios.

Todo consuelo que provenga de criaturas considéralo totalmente vacío.

El alma que ama a Dios siente desdén por todo lo que haya debajo de Dios.

Sólo Dios es eterno e inmenso; llena el universo entero; es el consuelo del alma, la alegría verdadera del corazón.

Capítulo VI

ALEGRIA DE LA BUENA CONCIENCIA

1. La gloria del hombre bueno está puesta en el testimonio de su buena conciencia.

Ten buena conciencia, y tendrás siempre alegría.

El hombre de buena conciencia puede soportar muchísimas cosas, y aun estar muy contento en medio de la adversidad.

El hombre de mala conciencia está lleno siempre de temor y de zozobra.

Sentirás suave descanso cuando el corazón nada te reproche.

No te alegres sino cuando te portes bien.

Los malos jamás tienen verdadera alegría, ni gozan de la paz del alma, porque «los impíos no tienen paz», dice el Señor.

Pues si dijeren: estamos en paz; no nos vendrán males algunos; ¿quién osará dañarnos? no les creas; la cólera de Dios repentinamente se inflamará, lo que hicieron se deshará, y sus planes se frustrarán.

2. El poner su gloria en las tribulaciones no es cosa dura para el que ama, porque el gloriarse en eso es gloriarse en la cruz del Señor.

La gloria dada y recibida de los hombres es de poca duración.

Compañera inseparable de la gloria del mundo es la tristeza.

La gloria de los buenos está en su conciencia, y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos viene de Dios, está en Dios, y se gozan de la verdad.

El que desea conseguir la gloria verdadera, la gloria eterna, no se preocupa de la temporal.

Es claro que no suspira mucho por la gloria celestial quien busca la temporal, o no la desprecia de corazón.

Mucha paz de corazón tendrá el que no se preocupe porque lo alaben o lo critiquen.

3. Fácilmente estará alegre y tranquilo el que tenga limpia la conciencia.

Ni eres mejor porque te alaben ni peor porque te critiquen.

Eres lo que eres; no puedes ser más grande de lo que ante Dios eres.

Si miras cómo eres en el interior de tu alma, no te preocuparás de lo que digan de ti los hombres.

El hombre mira a la cara; Dios penetra el corazón. El hombre ve las acciones; Dios pesa las intenciones.

Señal de corazón humilde es tenerse en poco, obrando siempre bien.

El rehusar los consuelos de las criaturas es prueba de gran pureza y confianza del alma.

4. Cuando el hombre no busca en su favor nin-

gún testimonio humano, es porque evidentemente se entregó todo a Dios.

En efecto, «no es recomendable el hombre a quien los hombres alaban, sino aquél que es recomendado de Dios», como dice San Pablo.

El estado del hombre espiritual consiste en la íntima comunicación con Dios, enteramente suelto de las cadenas externas de las pasiones.

Capítulo VII

AMOR DE JESUS SOBRE TODAS LAS COSAS

1. ¡Dichoso el hombre que comprende lo que es amar a Jesús, y despreciarse por Jesús!

Es preciso dejar lo amado por el Amado; porque Jesús quiere que se le ame a él solo, sobre todas las cosas.

El amor de la criatura es falaz, es inconstante; el amor de Jesús es seguro y constante.

El que se apega a una criatura, caerá juntamente con ella, porque la criatura es quebradiza; pero el que abraza a Jesús se mantiene firme para siempre.

Amalo, cultiva su amistad; pues cuando todos te abandonen, él no te abandonará, ni permitirá que perezcas al fin.

Quieras o no quieras, al cabo tendrás que separarte de todas las cosas.

2. Estate arrimado a Jesús en la vida y en la muerte; entrégate a su fidelidad. Cuando todo te falle, él solo puede sostenerte.

Pero el Amado de tu corazón es de tal carácter que no quiere admitir rivales; exige la posesión exclusiva de tu corazón, y sentarse sobre él como un rey en su trono.

Si tú quisieras desembarazarte de todas las criaturas, Jesús viviera gustoso contigo.

Hallarás que está perdido casi todo lo que fuera de Jesús deposites en los hombres.

No confíes, ni te apoyes en un carrizo que mece el viento, porque «toda carne es hierba, y como la flor de la hierba, así se marchitará su belleza».

3. Si solamente miras a la cara de los hombres, fácilmente te engañarás.

En efecto, cuando en los demás buscas consuelo y ganancia, las más veces hallas detrimento.

Si en todas las cosas buscas a Jesús, ciertamente hallarás a Jesús.

Si te buscas a ti, también te hallas a ti; pero sólo para tu ruina.

Cuando el hombre no busca a Jesús, se hace más daño del que sus enemigos y el mundo entero pudieran hacerle.

Capítulo VIII

AMISTAD INTIMA DE JESUS

1. Cuando se siente la presencia de Jesús, todo va bien, y ninguna cosa parece difícil; pero cuando no se siente esa presencia todo parece duro.

Cuando Jesús no nos habla dentro de nuestros corazones, ningún consuelo sirve de nada; pero, con una sola palabra que nos diga, ¡cuánto consuelo sentimos!

¿No se levantó luego María Magdalena de donde estaba sentada llorando, al decirle Marta: «el Maestro ya llegó y te manda llamar»?

¡Dichosa la hora en que Jesús llama al hombre del llanto al gozo del alma!

¡Qué seco y qué duro estás sin Jesús!

¡Qué tonto y qué loco eres cuando buscas algo que no sea Jesús! ¿No es eso perder más que si el Universo perdieras?

2. El mundo sin Jesús, ¿qué podrá darte? Vida sin Jesús es infierno horroroso; vida con Jesús, paraíso deleitoso.

Cuando Jesús está contigo, no te puede dañar ningún enemigo.

El que halla a Jesús, se halla un rico tesoro: el tesoro sobre todos los tesoros.

El que pierde a Jesús, inmensa pérdida sufre: más que si el Universo perdiera.

El hombre que vive con Jesús en buena amistad es riquísimo; el que no vive con Jesús es pobrísimo.

3. El saber vivir con Jesús es un gran arte; el saber guardarlo, es una gran sabiduría.

Si eres humilde y pacífico, Jesús estará contigo. Si eres piadoso y tranquilo, Jesús vivirá contigo.

Fácilmente puedes ahuyentar a Jesús y perder su gracia, si quieres bajar al mundo de las cosas exteriores.

Y si haces que se vaya, y lo pierdes, ¿en quién te refugiarás? ¿Qué otro amigo buscarás?

Sin amigos no se puede vivir. Y si Jesús no es para ti más todavía que todos los amigos juntos, vivirás en inmensa desolación y tristeza.

Por esa razón, te portas como un insensato cuando pones tu confianza, tu alegría, en otra cosa cualquiera.

Es preferible tener a todo el mundo de contrario, que Jesús de adversario.

Entre todos los que amas, Jesús solo sea tu amado particular.

4. Que a todos se les ame por Jesús; a Jesús, por sí mismo.

Sólo a Jesucristo se le debe amor especial, porque está probado que entre todos los amigos es el único bueno y leal.

Por él y en él, ama a todos, amigos y enemigos. Hay que pedirle por todos, para que todos lo conozcan y lo amen.

Nunca quieras amor o elogios para ti; eso le

toca únicamente a Dios, el cual no tiene semejante.

Tampoco quieras ocupar el corazón de nadie, ni ocupar el tuyo con el amor de nadie. Que esté Jesús en tu corazón y en los corazones de todas las personas buenas.

5. Conserva pura tu alma, y desembarazada de todas las criaturas.

Si quieres alcanzar a ver qué dulce es el Señor, tienes que estar desligado del mundo, con el corazón puro y levantado hacia Dios.

Si la gracia de Dios no se te anticipa y te arrastra, ciertamente no llegarás nunca a unirte tú solo con él solo, desligándose de todas las criaturas, y despidiéndolas a todas.

En efecto, cuando el hombre recibe la gracia de Dios, se hace capaz de todo. Pero cuando esa gracia se retira, se queda el hombre miserable y débil, como abandonado tan sólo a los azotes.

Cuando le suceda esto último, no debe abatirse ni desesperarse; sino abandonarse tranquilamente a la voluntad de Dios, sufriendo por la gloria de Cristo cuanto le sucediere; porque tras del invierno, viene el verano; el día le sigue a la noche; y una gran calma a la tempestad.

Capítulo IX

DESOLACION TOTAL DEL ALMA

1. Cuando se goza de consuelos divinos, no es difícil desechar los humanos.

Pero sí es una gran cosa, es una cosa muy grande, el aguantar la falta de consuelos humanos y divinos; el soportar de buena gana y por amor de Dios ese destierro del corazón; el no buscarse a sí mismo en nada, ni atender al propio mérito.

¿Qué gracia haces con andar risueño y tener piedad cuando te visita la gracia? Oh, todos deseamos que venga esa hora. Muy cómodamente cabalga aquel a quien empuja la gracia de Dios. ¿Es cosa extraña que no sienta la carga aquel a quien lleva el Omnipotente, a quien conduce el altísimo guía?

2. Nos gusta tener algún consuelo; y ¡qué difícil es despojarse uno de sí mismo!

El mártir San Lorenzo triunfó del mundo y del amor a su propio obispo. Por una parte despreció todos los encantos del mundo; por otra, consintió también dócilmente, por amor de Cristo, en la separación del Sumo Sacerdote, el Papa Sixto, a quien tanto amaba. De modo que con el amor del Creador triunfó del amor del hombre; prefirió hacer la voluntad divina al consuelo humano. Aprende, pues, a dejar algún amigo íntimo y querido, por amor a Dios.

No te duela mucho cuando algún amigo te abandone; porque bien sabes que al cabo tenemos que separarnos todos, sin remedio.

3. El hombre tiene que combatir mucho y por mucho tiempo contra sí mismo, hasta lograr el triunfo completo sobre sí mismo, arrastrando hacia Dios todos los anhelos del corazón.

Cuando el hombre se apoya en sí mismo, fácilmente se agacha hasta el suelo en busca de consuelos humanos. Pero el que tiene amor verdadero a Cristo, y persigue con empeño la virtud, no anda en busca de consuelo, ni procura semejantes dulzuras. Prefieres fuertes ejercicios, y soportar por Cristo arduos trabajos.

4. De manera que cuando Dios te dé consuelos, recíbelos con gratitud, en la inteligencia de que son dádivas de Dios que tú no has merecido.

No te enorgullezcas ni te alegres demasiado de ellas, ni tengas vana presunción; humíllate más por tales dádivas, ten más precaución y temor para todos tus actos; porque esa hora pasará, y enseguida la tentación volverá.

Cuando te veas privado de consuelo, no pierdas luego la esperanza. Espera humilde y paciente hasta que el cielo te visite otra vez; porque Dios puede darte de nuevo consuelos más dulces todavía.

Eso no tiene nada nuevo ni de raro para los hombres experimentados en el camino de Dios: los grandes santos, los profetas de la antigüedad sentían a menudo tales alternativas.

5. Por esa razón dijo uno de los profetas, al sentir la presencia de la gracia: «al sentirme rico, dije: jamás me mudaré». Pero cuando se le retiró la gracia, expresa así lo que sintió: «me volviste la espalda, y me quedé todo sobresaltado». Pero no pierde la esperanza; con má insistencia le ruega al Señor: «Señor, a ti clamaré; elevaré al Señor mis plegarias».

Al fin recoge el fruto de su oración, y cuenta así cómo le escuchó: «el Señor me escuchó, y se apiadó de mí; el Señor me ayudó». ¿Y en qué consistió la ayuda? En esto: «cambiaste mi llanto en gozo; me colmaste de alegría».

Si a los grandes santos los probaba así, nosotros, tan débiles y pobres estemos a veces llenos de fervor, y a veces llenos de frialdad; porque el Espíritu Santo llega y se va cuando quiere. Por eso decía Job: «en la madrugada vas a visitarlo; pero de repente lo pones a prueba».

6. ¿En qué podré, pues, esperar? ¿En qué deberé confiar, si no es en la gran misericordia de Dios, y en la esperanza de la gracia celeste? En efecto, ya esté en compañía de personas buenas, de religiosos piadosos, de amigos leales; ya lea santos libros o bellos escritos; ya escuche dulces himnos y cánticos, todo eso de poco me sirve, poco me gusta, cuando me abandona la gracia, dejándome en mi natural miseria sumergido.

El mejor remedio para eso es la paciencia, y la resignación a la voluntad divina.

7. Jamás he conocido persona tan piadosa y devota que no haya sufrido algunas veces la privación de la gracia, o no haya sentido enfriamiento de fervor. Ni ha existido santo tan levantado a lo sublime, ni tan iluminado, que antes o después no haya sido tentado.

No merece la sublime, la divina contemplación quien por Dios no se pruebe en alguna tribulación.

Tentación que precede suele ser señal de consuelo que sucede.

Se promete el celeste consuelo a los que sufren pruebas de tentación, como dice el Apocalipsis: «al vencedor le daré a comer del árbol de la vida».

Se nos dan consuelos divinos para infundirnos más fuerza con que aguantar las adversidades. Sigue la tentación para que no tengamos soberbia del consuelo.

No duerme el diablo, ni ha muerto la carne todavía. Por esa razón, vive siempre listo para el combate; porque a tu derecha y a tu izquierda hay enemigos que no te dan tregua ninguna.

Capítulo X

AGRADECIMIENTO POR LA GRACIA DE DIOS

1. Para trabajar naciste. ¿Cómo quieres descan-

sar? Espera sufrimientos más bien que consuelos, cruz que llevar más bien que alegría que gozar.

¿Habrá algún mundano que no quisiera mejor consuelos y alegría espirituales, si pudiera siempre alcanzarlos? Porque los consuelos espirituales superan a todas las delicias mundanas, a todos los placeres carnales.

Todas las delicias mundanas son vanas, o vergonzosas; mientras que las delicias espirituales son las únicas amables y honestas; engendradas por la virtud e infundidas por Dios en el seno de las almas puras.

Nadie puede gozar de esos consuelos divinos siempre que quiere, porque el ataque de la tentación no tarda mucho.

2. La falsa libertad del corazón y la demasiada confianza en sí mismo se oponen mucho a la visita celeste.

Dios nos hace un bien dándonos la gracia de sus consuelos; nosotros hacemos mal no pagándonoslos a Dios con hacinamiento de gracias.

Los dones de la gracia no pueden crecer en nuestras almas, porque no los agradecemos a su dueño, ni los referimos a la fuente de donde corren. En efecto, la gracia viene por fuerza a quien da gracias como se debe; y se le quita al soberbio lo que suele darse al humilde.

3. Ni quiero consolación que me quite la compunción, ni deseo contemplación que lleve a la presunción. Pues ni es santo todo lo elevado, ni bueno

todo lo suave; ni son puros todos los deseos, ni agradable a Dios todo lo que amamos.

Querría recibir una gracia que me hiciera cada vez más humilde y timorato, y más dispuesto a abandonarme a mí mismo.

La persona que haya experimentado la dádiva de la gracia y sentido el azote de su privación, jamás se atreverá a adueñarse de ninguna buena calidad; antes admitirá ser pobre y desnudo.

Dale a Dios lo que es de Dios; tú aprópiate lo tuyo. Es decir: dale gracias a Dios por su gracia; tú reconoce que a ti te pertenece solamente el pecado, y que por el pecado mereces castigo.

4. Ponte siempre en lo más bajo, y se te dará lo más alto; no se sostiene lo más alto sino sobre lo más bajo. Los más grandes santos para Dios son para sí mismos los más pequeños: tanto más humildes, cuando más gloriosos. Como están llenos de verdad y gloria celestial, no ambicionan glorias vanas.

Cimentados y afianzados en Dios, no pueden absolutamente ser soberbios.

Los que atribuyen a Dios todo lo bueno que han recibido no buscan alabanzas mutuas. Lo que quieren ellos es aquella gloria que solamente Dios puede dar, deseando más que todas las cosas que Dios sea alabado en ellos y en todos los santos, siendo siempre ésa su intención.

5. Si eres agradecido en lo poco, merecerás recibir dádivas mayores. Hasta la dádiva más pequeña

tenla por grande; y la más despreciable, como dádiva especial. Si se considera la majestad infinita del que reparte los dones, ninguno debe parecer pequeño ni vil; porque no puede ser cosa pequeña la que el Dios Altísimo nos regala.

Hasta los castigos y los azotes debiéramos agradecerle; porque todo lo que él permite que nos suceda, lo dispone siempre para nuestra salvación.

El que quiera conservar la gracia de Dios, agradezca cuando la reciba, tenga paciencia cuando se le quite, pida que le vuelva, sea humilde y precavido para no perderla.

Capítulo XI

POCOS AMAN LA CRUZ DE CRISTO

1. En nuestros tiempos hay muchos deseosos de alcanzar el reino celestial de Jesús; pocos que quieran llevar su cruz.

Muchos desean su consolación; pocos su tribulación.

Muchos quieren sentarse a la mesa con él; pocos quieren ayunar con él.

Todos quieren gozar con él; pocos, sufrir algo por él.

Muchos acompañan a Cristo hasta el partir del pan; pocos, hasta beber el cáliz de la pasión.

Muchos admiran sus milagros; pocos siguen la ignominia de la cruz.

Muchos aman a Jesús mientras no tienen adversidades.

Muchos lo alaban y bendicen mientras gozan algunos consuelos suyos. Pero, si se les oculta, dejándolos por un rato, se entregan a los lamentos, y se abaten demasiado.

2. Pero los que aman a Jesús por Jesús y no por algún consuelo que les dé, tanto lo bendicen en cualquiera tribulación y amargura del alma, como en medio del más dulce de los consuelos. Y si nunca quisiera darles ningún consuelo, de todos modos, lo alabarían siempre y lo bendecirían.

3. ¡Oh, cuánto puede el amor puro a Jesús, libre de todo egoísmo y amor propio!

¿No se debería calificar de mercenarios a todos esos que piden siempre consuelos? Esos que calculan siempre su comodidad y ganancia, ¿no prueban amarse más a sí mismos que a Cristo?

¿Dónde hallaremos alguno que ame a Dios de balde? En efecto, rara vez encontramos alguno tan espiritual que se haya despojado de todo. Pues, ¿quién podrá encontrar un verdadero pobre de espíritu, uno desembarazado de todas las criaturas? «Cosa valiosa que viene del último rincón de la tierra».

4. Si uno diera todos sus bienes, eso no sería nada todavía. Si hiciera áspera penitencia, sería todavía poco. Si poseyera todas las ciencias, andaría

lejos todavía. Si fuera muy virtuoso, y tuviera intensa piedad, le faltaría mucho todavía; una sola cosa se necesita muchísimo. ¿Qué cosa sería esa? Que después de dejar todas las criaturas se deje a sí mismo, se salga totalmente de sí mismo, despojándose de todo el amor propio; y que después de hacer todo aquello que a su juicio debe hacer, sienta que no ha hecho nada.

5. No considere grande lo que grande pudiera creerse. Al contrario; declárese criado inútil, con toda sinceridad, como dice la Verdad: Cuando acabéis de hacer todo aquello que se os ha ordenado, decid: «Somos unos criados inútiles». Entonces sí podrá ser un verdadero pobre y desnudo espiritualmente, y decir con el profeta: «soy pobre y solito».

Y sin embargo, nadie será más rico y poderoso, nadie más libre, que quien se abandona a sí mismo y a todas las criaturas, y se pone en el más bajo lugar.

Capítulo XII

CAMINO REAL DE LA SANTA CRUZ

1. Dura les parece a muchos esta sentencia: renuncia a ti mismo, toma tu cruz, y sigue a Jesús. Pero mucho más duro será escuchar aquella senten-

cia suprema: «apartaos de mí, malditos, al fuego eterno».

Los que ahora oyen y siguen de buena gana la predicación de la cruz, no temerán entonces oír aquella sentencia de eterna condenación.

Esta señal se verá en el cielo cuando venga Cristo a juzgarnos.

Entonces se acercarán con gran confianza a Cristo juez todos aquellos súbditos de la cruz que durante su vida se asemejaron al Crucificado.

2. ¿Por qué tienes miedo de llevar la cruz, esa cruz por la cual se llega al Reino?

En la cruz está la salvación, en la cruz está la vida, en la cruz está la defensa contra los enemigos, en la cruz hay una infusión de celestial dulzura, en la cruz está la fuerza del alma, en la cruz está el gozo espiritual, en la cruz está el compendio de la virtud, en la cruz está la perfecta santidad.

Sólo en la cruz hay salvación para el alma, esperanza de vida eterna.

Toma, pues, tu cruz, sigue a Jesús, y llegarás a la vida eterna.

El marchó delante, llevando su cruz, y en esa cruz quiso morir por ti, para que tú también lleves tu cruz, y en ella quieras morir.

Porque si con él mueres, con él vivirás; y siendo compañero de suplicio, lo serás también de gloria.

3. Mira que todo está en la cruz, que todo se reduce a morir, que no hay más camino a la vida y a

la verdadera paz del alma que este camino de la santa cruz, de la mortificación de todos los días.

Vete a donde quieras, busca todo lo que quieras: arriba, no hallarás camino más elevado; abajo, no hallarás camino más seguro que este camino de la santa cruz.

Arregla y ordena todas las cosas según tu gusto y manera de ver. A pesar de eso, ya verás que siempre tienes algo que sufrir, quieras o no quieras; de modo que siempre toparás con la cruz.

Efectivamente, ya sentirás dolor en tu cuerpo, ya te atormentará angustia íntima en el alma.

4. Unas veces te abandonará Dios; otras veces, el prójimo pondrá a prueba tu paciencia. Lo que es peor todavía, muchas veces serás molesta carga para ti mismo.

Sin embargo, no habrá manera de librarte, ni remedio con que aliviarte; tendrás que aguantar hasta que Dios quiera. Y Dios quiere que aprendas a sufrir tribulaciones sin consolaciones, que te sometas plenamente a él, y que con las tribulaciones te hagas más humilde.

Sólo el que pasa por semejantes sufrimientos puede compadecer con lo íntimo de su alma a Cristo en su pasión.

La cruz está siempre preparada, y en todas partes te espera. Vayas a donde fueres, no podrás escapar de ella; porque a dondequiera que vayas, te llevas a ti mismo, y por eso topas contigo mismo donde quiera. Sube, baja; entra, sal; en todas partes ha-

llarás la cruz. De manera que dondequiera necesitas tener paciencia, si persigues la paz del espíritu, y ganar la inmortal corona.

5. Si de buena gana llevas la cruz, la cruz te llevará a su vez hasta el fin que pretendes, allá donde se acaba el sufrimiento; pero eso no será aquí.

Si la llevas de mala gana, tu cruz te pesará y se te hará más molesta; pero de todos modos tendrás que llevarla.

Si avientas una cruz, seguramente hallarás otra, y tal vez más pesada todavía.

6. ¿Crees tú poder escapar de lo que ningún mortal ha podido? ¿Pues qué hubo en el mundo algún santo que no tuviera cruces y aflicciones? Ni Jesucristo Nuestro Señor pasó una sola hora de su vida sin sufrimiento y dolor: «tenía Cristo que padecer, luego resucitar de entre los muertos y entrar en su reino». Y tú, ¿por qué andas buscando otro camino que este de la santa cruz?

7. La vida de Cristo, toda la vida de Cristo, fue pura cruz y martirio; ¿y tú quieres descansar y gozar? Te engañas, sí, te engañas, si otra cosa buscas que los sufrimientos; porque toda esta vida mortal está llena de miserias, y las cruces abundan por doquier.

Y cuanto más se eleva uno en la vida del espíritu, tanto más pesadas cruces suele hallar; porque tanto más duele el destierro, cuanto más intenso es el amor.

8. Con todo, a persona tan diversamente afligi-

da no le falta el alivio del consuelo, porque siente ganar muchísimo fruto sufriendo la cruz. Pues al llevarla voluntariamente, ni siquiera piensa en el peso de las tribulaciones, por la confiada espera en las divinas consolaciones.

Y cuanto más se quebranta la carne con la tribulaciones, tanto más cobra fuerzas el espíritu por la gracia que el alma recibe. A veces, se robustece tanto con el amor de las aflicciones y adversidades, por el anhelo de asemejarse a Cristo, sufriendo la cruz, que ya no querría verse libre de aflicciones y dolores; porque juzga que tanto más agradable a Dios será, cuanto más cosas y más pesadas pueda soportar por él.

Eso no es virtud humana; es la gracia de Cristo que tanto puede y tan grandes cosas hace en la pobre carne; a tal grado que aquellas cosas que naturalmente aborrece y huye, movida del fervor del espíritu las comprende y las ama.

9. No es conforme a la naturaleza humana llevar la cruz, el amar la cruz, el refrenar el cuerpo, sujetándolo al mando de la virtud; tampoco el desear honores, el soportar con gusto los insultos; tampoco el despreciarse a sí mismo y preferir que los otros lo desprecien; tampoco el sufrir cualesquiera adversidades y pérdidas, o no desear ninguna prosperidad de la de este mundo.

Si a ti te atienes, ninguna cosa de todas éstas podrás hacer tú solo.

Pero si en el Señor confías, se te dará una fuerza

celeste con que pongas al mundo y a la carne bajo tu mando.

Ni siquiera a tu enemigo, el diablo, le tendrás miedo, si andas armado de la fe, y marcado con la cruz de Cristo.

Como bueno y fiel servidor de Cristo, ponte, pues, a llevar con valor la cruz de tu Señor, de ese Señor clavado en la cruz por tu amor.

Prepárate a sufrir muchas adversidades, y múltiples incomodidades, en esta vida miserable; porque así te pasará donde quiera que estés; así lo encontrarás efectivamente donde quiera que te metas.

Así tiene que ser. La paciencia será el único remedio contra la invasión de los males, de las tribulaciones y del dolor. Bebe con ansia el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo y compañero.

Déjale a Dios sus consuelos para que con ellos haga lo que quiera; tú ponte a soportar tribulaciones, teniéndolas por grandísimas consolaciones; porque todavía que tú solo pudieras soportarlas todas, «no son proporcionadas las aflicciones de esta vida al merecimiento de la gloria venidera».

10. Cuando hayas llegado al grado de que sientas dulzura en las tribulaciones, de que te parezcan sabrosas, por amor a Cristo, considérate feliz, porque has hallado el paraíso sobre la tierra.

Pero mientras te pese el sufrimiento, y quieras escapar de él, serás siempre desdichado; porque a donde quiera que huyas, allá te perseguirá la tribulación.

11. Si te entregas a lo que debes, es decir, a padecer y a morir, pronto te sentirás más feliz, y hallarás la paz.

Aunque fueras levantado, como San Pablo, hasta el tercer cielo, no estarías por eso asegurado contra las adversidades. Porque dijo Cristo acerca de él: «Yo le haré ver cuántas cosas tendrá que sufrir por mi nombre». Si quieres, pues, amar a Jesús y servirle para siempre, no te queda más recurso que sufrir.

12. ¡Ojalá que merecieras sufrir un poco por Cristo! ¡Cuánta gloria ganarías, cuánto júbilo les diera a todos los santos de Dios, cuánto se edificara el prójimo!

Todos recomiendan la paciencia; pocos son los que quieren sufrir. Habiendo tantos que sufren por amor al mundo, ¿no debieras justamente sufrir tantito por Cristo?

13. Ten la seguridad de que necesitas vivir vida de muerte. Pero cuanto más muere uno a sí mismo, tanto más intensamente vive a Dios.

Nadie es capaz de comprender las cosas celestiales, si no se sujeta a soportar adversidades por Cristo.

No hay cosa más agradable a Dios, no hay cosa, más saludable para ti en este mundo, que padecer voluntariamente por Cristo. tanto que si se te diera a escoger, deberías preferir los padecimientos por Cristo al goce de muchos consuelos; porque en este caso serías más semejante a Cristo, más a la manera de todos los santos.

En realidad de verdad, nuestro mérito y el progreso de nuestro estado no se mide por las muchas dulzuras y consuelos que se tengan; sino más bien por las grandes penas y tribulaciones que se sufran.

14. Si para la salvación de los hombres hubiera alguna cosa mejor y más útil que padecer, Cristo nos la habría enseñado con su palabra y con su ejemplo. Pero al contrario, a todos los discípulos que le seguían, y a todos aquéllos que quieran seguirlo, los exhorta con toda franqueza a llevar la cruz, diciéndoles: «el que quiera seguirme, renuncie a sí mismo, tome su cruz, y échese a caminar tras de mí».

Después de leer y pensar todo lo que precede, lleguemos a esta conclusión final: «no se puede entrar al reino de Dios, sino pasando por muchas tribulaciones».

LIBRO III

CONSOLACION ESPIRITUAL

Capítulo I

CRISTO LE HABLA POR DENTRO AL ALMA FIEL

1. *El alma fiel:* «Escucharé lo que el Señor Dios me dice dentro de mí».

¡Feliz el alma que oye la voz del Señor que dentro del corazón le habla, y escucha palabras consoladoras de su boca! ¡Dichosas las orejas que captan las ondas de los murmullos de Dios, sin parar mientes en los chismes de este mundo! ¡Felices de plano las orejas que no escuchan la voz que afuera suena, sino la verdad que adentro enseña!

¡Bienaventurados los ojos que no miran las cosas exteriores por estar mirando las interiores!

¡Bienaventurados aquellos que penetran las co-

sas interiores esforzándose con ejercicios de todos los días por disponerse más y más a comprender los secretos celestiales!

¡Dichosos aquellos que procuran entregarse a Dios, desenredándose de todos los estorbos mundanos!

Atiende a todo esto, alma mía; cierra las puertas de los sentidos para que puedas percibir lo que el Señor tu Dios te dice dentro de ti.

Cristo: Esto dice tu amado: «Yo soy tu salvación, tu paz, tu vida».

Permanece conmigo, y hallarás la paz. Abandona todas las cosas transitorias; busca las permanentes.

¿Qué son todas las cosas transitorias, sino puras cosas seductoras? ¿De qué te servirían las criaturas si el Creador te abandonara?

Renunciando, pues, a todas las cosas, hazte agradable y fiel a tu Creador, a fin de que puedas obtener la felicidad verdadera.

Capítulo II

LA VERDAD HABLA DENTRO SIN PALABRAS

1. *El alma fiel:* «Di, Señor, que tu siervo escu-

cha. Soy tu esclavo; alumbra mi inteligencia para entender tus palabras».

Excita mi corazón a escuchar las palabras de tu boca; que tu conversación caiga sobre mí como el rocío sobre la tierra.

Dijeron una vez a Moisés los hijos de Israel: «háblanos tú, y te escucharemos; que no nos hable el Señor no sea que nos muramos».

Señor, no es eso lo que yo te pido. Antes bien, te pido humilde y anhelante como el profeta Samuel: «Di, Señor, que tu esclavo te escucha».

No, Señor; que no me hable Moisés, ni ningún otro profeta.

Mejor háblame tú, Señor Dios, inspirador e iluminador de los profetas; porque tú solo, sin ellos, puedes instruirme completamente, mientras que ellos sin ti no pueden nada.

Ellos pueden articular palabras, pero sin darles espíritu. Hablan hermosamente; pero, si tú guardas silencio, no encienden el corazón. Ellos escriben; pero tú descubres lo que quieren decir. Ellos dicen misterios; tú descubres el secreto de su pensamiento. Ellos promulgan preceptos; tú ayudas a cumplirlos. Ellos enseñan el camino; tú das fuerzas para andarlo. Ellos obran sólo por fuera; tú alumbras e instruyes el interior del alma. Ellos riegan por fuera; por dentro, tú das la fecundidad. Ellos claman; tú das la facultad de comprender sus palabras.

2. De manera que no me hable Moisés, sino tú. Señor Dios mío; tú, eterna verdad; no sea que yo

muera, que me quede estéril, si sólo soy aconsejado porque «tú dices palabras de vida eterna».

Que no vaya a ser para mi condenación la palabra oída y no guardada; conocida, pero no amada; creída y no cumplida.

Así que: «habla, señor, que tu esclavo te escucha»; porque «tú dices palabras de vida eterna».

Señor, hálame, para que mi alma sienta algún consuelo; para que haya enmienda de toda mi vida, para alabanza, gloria y honra eterna tuyas.

Capítulo III

ESCUCHEMOS HUMILDEMENTE LAS PALABRAS DE DIOS QUE MUCHOS NO PONDERAN

1. *Cristo*. Oye, hijo, mis palabras; palabras dulcísimas que superan a toda la sabiduría de los filósofos y sabios del mundo.

«Mis palabras son espíritu, son vida», las cuales no deben interpretarse al modo humano.

No debe sacarse de ellas gusto vacío. Deben oírse en silencio, y recibirse con profunda humildad y ardiente amor.

2. *El alma fiel*. Yo dije: «Señor, dichoso el hombre que tú enseñas y educas en tu ley, para

consolarlo en los días tristes», de manera que no se desconsuele aquí en la tierra.

3. *Cristo*. Al principio enseñé a los profetas, y desde entonces hasta ahora no dejo de hablar a todos; pero muchos se hacen sordos y duros a mi voz.

Muchos oyen al mundo con más gusto que a Dios; con más facilidad siguen sus pasiones carnales que la voluntad de Dios.

El mundo les promete cosas pequeñas y caducas, y de muy buena voluntad le sirven. Yo les prometo cosas grandísimas y eternas, y los corazones de los mortales no se mueven.

¿Quién me sirve y obedece en todo con tanto celo como sirven al mundo y a los señores del mundo? «Avergüénzate, Sidón, le dice el mar». Si preguntas por qué, oye por qué: por una vil renta, largo camino se corre; por la vida eterna, muchos apenas alzan alguna vez el pie de la tierra.

Se va a buscar una miserable ganancia; se disputa vergonzosamente algunas veces por una moneda: no se tiene miedo de trabajar día y noche por una cosa que no vale nada, aun por la mera promesa de una cosa de poca importancia.

4. Pero, ¡qué vergüenza! Por el bien eterno, por el premio interminable, por la honra suprema, por la gloria sin fin, se siente pereza de trabajar siquiera tantito.

Avergüénzate, esclavo perezoso y quejumbroso, de que los mundanos estén más dispuestos a per-

derse, que tú a salvarte. Más gozan ellos con la vanidad, que tú con la verdad.

Ellos ven frustradas algunas veces sus esperanzas; mi promesa nunca le falla a nadie, ni deja irse con las manos vacías al que en mí confía.

Daré lo que prometí; cumpliré mi palabra; pero al que permanezca fiel en el amor hasta el fin. Yo premio a todos los buenos; someto a duras pruebas a todos los piadosos.

5. Graba mis palabras en tu corazón; medítalas con frecuencia; porque tendrás mucha necesidad de ellas en tiempo de prueba. Ese día que te visite comprenderás lo que, al leerlo, no entiendes ahora.

Dos clases de visitas hago a mis elegidos; tentación y consolación. Dos conferencias les doy diariamente: en una, les reprendo sus faltas; en otra, los animo a la perseverancia en la virtud. El que conoce mis palabras, sin hacer caso de ellas, tiene quien lo juzgue en el último día.

6. *El alma fiel*: Señor y Dios mío, en ti se encierran todos mis bienes. ¿Quién soy yo para osar hablarte? Soy el más desgraciado de todos tus esclavos, un gusanillo miserable: más desgraciado y más despreciable de lo que sé, y me animo a confesar. Ten en cuenta, Señor, que no soy nada, que no tengo nada, que nada puedo.

Tú eres el único bueno, el único justo, el único santo. Tú puedes todo, tú das todo, tú llenas todo, menos al pecador: es el único a quien dejas vacío. «Acuérdate de tus misericordias». Llenas de gracia

mi corazón, pues no quieres que tus obras estén vacías.

7. ¿Cómo podré sostenerme en esta vida miserable, sin la fortaleza de tu gracia y misericordia? No apartes tu rostro de mí; no prolongues tus pruebas; no me prives de tus consuelos, «para que mi alma no quede convertida para ti en una tierra seca».

Señor, enséñame a cumplir tu voluntad; sí, enséñame a vivir en presencia tuya con dignidad y humildad; pues tú eres mi sabiduría; tú, que me conocías muy bien antes que existiera en el mundo, y aún antes de que el mundo mismo existiera.

Capítulo IV

VIVAMOS EN LA PRESENCIA DE DIOS GUIADOS POR LA VERDAD Y POR LA HUMILDAD

1. *Cristo*. Hijo, vive en presencia mía de acuerdo con la verdad; búscame con toda la sinceridad de tu alma.

El que vive en mi presencia ajustado a la verdad, será defendido contra invasiones terribles; la verdad lo librará de caer en trampas de impostores; lo librará también de las calumnias de los impíos.

Si la verdad te libra, serás libre de veras: no te preocuparás de los vacíos discursos de los hombres.

2. *El alma fiel*: Señor, es cierto eso que me dices; te ruego que se cumpla en mí: que tu verdad me enseñe, me ayude, me dirija, hasta que por fin me salve. Que esa verdad me libre de todo afecto malo, de todo amor desarreglado, para poder vivir en tu compañía con mi corazón perfectamente libre.

3. *Cristo*. Yo, la Verdad, te enseñaré lo que es recto y me gusta: recuerda tus pecados, lleno de arrepentimiento y tristeza; nunca, jamás te estimes en nada por tus buenas obras.

En realidad, eres un pecador expuesto al ataque de muchas pasiones, un pecador enredado en ellas. Por tu parte, tú tiendes siempre a la nada: pronto resbalas, pronto eres vencido, pronto te aturdes, pronto pierdes las fuerzas. Nada tienes de qué envanecerse; mucho de qué envilecerse; eres mucho más frágil de lo que tú puedes entender.

En consecuencia, nada de lo que hagas te debe parecer grande. Nada te parezca grande, ni valioso, ni maravilloso, ni justamente famoso, ni sublime, ni de veras laudable y amable, sino puramente lo eterno.

Lo que más te guste siempre sea la eterna verdad: lo que más te disguste, tu enorme maldad.

Lo que más debes temer, detestar, huir, son tus vicios, tus pecados; los cuales deben entristecerte más que toda pérdida de bienes terrenales.

Hay algunos que no viven sinceramente en mi presencia. Llevados de cierta curiosidad y presunción, quieren investigar los secretos abismales de Dios, descuidándose, desatendiendo su salvación. Esos son a menudo terriblemente tentados, caen en grandes pecados, por su curiosidad y soberbia; pues yo estoy contra ellos.

4. Teme los juicios de Dios; ten pavor de la cólera del Omnipotente. No discutas los actos del Altísimo; más bien examina tus iniquidades, para sacar en claro cuán grandes pecados cometiste, cuántas obras buenas omitiste.

Algunos sólo tienen la piedad en libros, otros en imágenes otros en señales y figuras exteriores. Algunos me traen en la boca, pocos en el corazón.

Pero hay otros de inteligencia iluminada, de limpio corazón, que viven continuamente suspirando por lo eterno. Son hombres a quienes molesta oír hablar de cosas de la tierra, a quienes duele tener que someterse a las necesidades naturales; éstos son los que oyen las palabras que el Espíritu de verdad les dice dentro del alma. Ese Espíritu los enseña a despreciar lo terreno, a amar lo celeste, a no hacer ningún caso del mundo, a suspirar continuamente por el cielo.

Capítulo V

EFFECTOS MARAVILLOSOS DEL AMOR DIVINO

1. *El alma fiel.* Te bendigo, Padre Celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, porque has tenido la bondad de acordarte del pobre de mí. ¡Oh, Padre Celestial, Dios de todo consuelo! Te doy gracias de que a mí, indigno de consuelos, me endulces a veces con los tuyos. Te glorifico siempre, y te bendigo, a ti, con el Hijo Unigénito y el Espíritu Santo Paráclito, por los siglos de los siglos.

Señor Dios mío, santo amigo mío: ¡cómo se estremecerán de alegría todas mis entrañas cuando entres en mi corazón!

Tú eres mi gloria, el júbilo de mi corazón; tú eres mi esperanza, «mi refugio el día de la tribulación».

2. Como todavía soy débil en el amor, imperfecto en virtud, necesito tu fuerza y tus consuelos. Por eso visítame con más frecuencia, instrúyeme en tu santa doctrina. Líbrame de mis malas pasiones cura mi corazón de toda inclinación desarreglada; para que una vez sano y perfectamente puro en el alma, llegue a ser capaz de amar, valiente para sufrir, constante para perseverar.

3. *Cristo.* El amor es una gran cosa, un bien grande desde todos aspectos, que hace ligero por sí

todo lo pesado, y soporta igualmente todo lo desigual. Lleva las cargas sin sentir las; el amor hace que lo amargo se le haga a uno dulce y sabroso.

El amor de Jesús es noble, lo empuja a uno a hacer grandes cosas, infunde el deseo de alcanzar cada vez mayor perfección.

El amor tiende a subir, a no dejarse detener por ninguna de estas cosas bajísimas.

El amor exige libertad, exige despeggo de todo afecto mundano, a fin de que sus íntimos afectos no tengan trabas ningunas, para que no se enrede en intereses mundanos, ni sucumba tampoco a la penuria.

Nada hay más dulce que el amor; nada hay más fuerte, más sublime, más vasto, más suave, más perfecto; no hay nada mejor que el amor, ni en el cielo ni en la tierra; porque el amor viene de Dios, y por eso no puede hallar su reposo sino en Dios, elevándose por encima de todo lo creado.

4. El que ama, corre y vuela alegremente, porque anda libre y desembarazado. Da todo por el Todo, teniendo todas las cosas en el Todo, pues halla su reposo en el único bien, en el Bien Supremo, por encima de todos los bienes; en ese bien de donde salen y corren todos los bienes, como de una fuente.

El amor no hace caso de dádivas: atiende al que las da mucho más que a todas sus dádivas.

A veces no guarda medida el amor: se inflama sobre toda medida.

El amor no siente la carga, ni advierte la fatiga. Quiere hacer más de lo que puede. No dice que nada sea imposible, pues juzga que para él todo es lícito y posible. Por eso lo puede hacer todo, haciendo y logrando tantas cosas donde el que no ama desmaya y sucumbe. Sí, el amor está continuamente en vela, y ni durmiendo se duerme.

El amor se fatiga pero no se rinde; se le estrecha, pero no revienta; se le atemoriza, pero no se intranquiliza: como vigorosa llama, como ardiente chispa, escapa hacia arriba, pasando seguro.

El que ama entiende bien lo que dice esta voz. Fuerte clamor que llega hasta los oídos de Dios es el ardiente deseo del alma que dice: Dios mío, amor mío: tú eres todo mío; yo soy tuya toda.

5. *El alma fiel.* Enciéndeme en amor, para que pueda probar con la boca íntima de mi alma su gran dulzura, derretirme y flotar en el amor. Que me cautive el amor, que sobre mí mismo me eleve y me arrebate, por el gran ardor y ensimismamiento.

Cantaré himnos de amor, seguiré a mi Amado a las alturas: que mi alma se estremezca de júbilo de amor, y desfallezca en alabarte.

Que te ame más que a mí mismo; que sólo me ame por ti; que como lo prescribe la ley que desde tu venida nos ilumina, ame yo en ti a todos aquellos que de veras te aman.

6. *Cristo.* El amor es rápido, sincero, piadoso, agradable, alegre, valiente, paciente, fiel, prudente, magnánimo, varonil y desinteresado.

Cuando se busca uno a sí mismo, deja en el acto de amar.

El que ama es circunspecto, humilde, recto; no es muelle, ni ligero, ni dedicado a vanidades; es sobrio, casto, constante, quieto y guarda todos sus sentidos.

El que ama es sumiso y obediente a los superiores, se estima en poco, hasta se desprecia, se entrega a Dios con plena gratitud, confiando siempre y esperando en él, aunque no sienta el gusto de Dios; pues en el amor no se vive sin dolor.

7. El que no esté dispuesto a sufrir todo, y a estar a la voluntad del Amado no merece el nombre de amante. Es fuerza que el amante sufra gustoso toda clase de penas y amarguras por su Amado, sin separarse de él por contratiempo ninguno que sobrevenga.

Capítulo VI

PRUEBA DEL AMANTE LEGITIMO

1. *Cristo*. Hijo, todavía no eres amante valiente y prudente.

2. *El alma fiel*. ¿Por qué, Señor?

3. *Cristo*. Porque fallas en lo que emprendes, a causa de alguna pequeña contrariedad; y porque

buscas consolaciones con avidez excesiva. El amante valiente no sucumbe a las tentaciones, ni hace ningún caso de las hipócritas sugerencias del enemigo. Le agrado en la prosperidad; en la adversidad no le desagrado.

4. El amante prudente no considera tanto las dádivas del amado como su amor. Más atiende al amor que a la riqueza. A su amante lo pone encima de todas sus dádivas.

No está todo perdido cuando sientas menos afectos a Mí, o a mis santos de lo que tú quisieras. Ese íntimo afecto, tan suave y tan dulce, que sientes algunas veces es efecto de la gracia actual; es apenas una probadita de la patria celestial; sobre esa probadita no debe el hombre apoyarse mucho, porque va y viene.

Pero el combate contra los ataques de las malas pasiones, y el desprecio de las sugerencias diabólicas, es característico de virtud y gran mérito.

5. Por tanto, que no te inquieten imaginaciones extrañas que se te sugieran, sean de lo que fueren. No vaciles de ningún modo en tu propósito; ten la intención enderezada hacia Dios.

No es ilusión ninguna el que a veces seas arrebatado repentinamente en éxtasis, para volver luego a las vaciedades ordinarias de tu alma. Esas vaciedades más bien las padeces sin querer, que las causas. Mientras no te gusten, y las rechaces, ganas méritos; no pierdes nada.

6. Recuerda que tu antiguo enemigo pone todo

su empeño en impedir la realización de tus buenos deseos, en quitarte todos los ejercicios piadosos, a saber: la veneración a los santos, la meditación piadosa en mi pasión, la útil consideración de tus pecados, la guarda del corazón, el propósito firme de adelantar en la virtud.

Te pondrá muchos malos pensamientos para acobardarte y atemorizarte, a fin de que abandones la oración y la lectura espiritual.

Le disgusta la humilde confesión. Si pudiera, te haría dejar la Comunión. Pero no le creas, ni le hagas caso, por más a menudo que te ponga sus mañosas trampas. Cuando te ponga en la mente tantos pensamientos malos y obscenos, achácaselos a él, diciéndole: fuera, espíritu impuro; ten vergüenza, miserable; eres muy puerco, pues metes cosas tan feas en mis orejas. Apártate de mí, seductor infame; no podrás nada contra mí, porque Jesús estará en mi compañía, defendiéndome cual valiente soldado, y tú quedarás confundido. Prefiero morir, y cualquier pena sufrir, que contigo consentir. Calla, enmudece, no te haré ningún caso, por más molestias que me des. «El Señor es mi luz, mi salvación: ¿a quién podré temer?» Aunque haya ejércitos acampados contra mí, no tendré ningún miedo, porque “el Señor es mi auxiliador y libertador”».

7. Combate como buen soldado. Si a veces caes por fragilidad, cobra fuerzas mayores que antes, en la confianza de que te infundiré más gracia; pero cuídate mucho de la soberbia y de la vanidad.

Por la soberbia y vanidad se han extraviado muchos, llegando a veces a padecer ceguera casi incurable.

La perdición de esos orgullosos que tanta confianza en sí mismos tenían sírvate de escarmiento para guardar constantemente la humildad.

Capítulo VII

ESCONDASE LA GRACIA BAJO LA GUARDA DE LA HUMILDAD

1. *Cristo*. Hijo, tendrás mayor seguridad, si ocultas la gracia de la piedad, si no te subes, si no hablas mucho de ella; si no la ponderas mucho; si más bien te estimas en poco y temes, como concedida a uno que no la merece.

Nadie debe apegarse fuertemente a tal sentimiento que puede cambiarse pronto en sentido contrario.

Cuando goces de la gracia, recuerda qué miserable y débil sueles sentirte sin ella.

El progreso de la vida espiritual no consiste tanto en tener la gracia de los consuelos espirituales; sino más bien en sufrir su retirada con abnegación y humildad, y con paciencia; de manera que el ardor de la oración no se te enfríe entonces, ni dejes

absolutamente ninguna de las obras que por costumbre deben hacerse. Al contrario, de buena gana se hacen, de la mejor manera que uno sepa y entienda, poniendo de su parte lo que pueda. Nadie se debe abatir entonces o descuidar en nada por aridez o espiritual angustia. En todo esto está el verdadero progreso.

2. Hay muchos que luego se impacientan o se hacen dejados cuando no tienen buen éxito. En realidad el camino del hombre no siempre depende de él. A Dios le toca dar y consolar; pero eso cuando El quiere, en la medida que quiere, a quien El quiere, como quiere, y nada más. Algunos imprudentes se han perdido a causa del don del fervor. Por querer hacer más de lo que podían, sin tener en cuenta la medida de su pequeñez, siguieron más bien el anhelo del corazón, que el juicio de la razón. Por haber presumido hacer cosas más grandes de lo que Dios quería, pronto perdieron la gracia. Aquellos que en el cielo hacían sus nidos perdieron las fuerzas y los bríos, para que humillados y miserables aprendan a no volar con sus alas, sino confiar en las mías.

Los novatos, los inexpertos en el camino del Señor, fácilmente yerran el camino y se despeñan, si no se guían por la dirección de personas discretas.

3. Si quieren seguir su parecer más bien que confiarse a personas entendidas, habrá peligro de que salgan mal, si se obstinan en no abandonar su modo de pensar.

Los que se tienen por sabios rara vez se dejan dirigir humildemente por otros.

Es mejor saber poco y entender poco, pero con humildad, que saber muchísimo, pero con soberbia.

No tiene suficiente prudencia el que se abandona enteramente a la alegría, olvidado de su anterior miseria y del santo temor del Señor, quien inspira temor de perder la gracia otorgada.

Tampoco procede con suficiente fortaleza el que se desespera excesivamente al llegarle alguna adversidad o pena, por no recordarme, o pensar en mí con menos confianza de la que debe.

4. El que en tiempo de paz pretende estar demasiado seguro, con frecuencia se encontrará demasiado abatido y acobardado en tiempo de guerra.

Si supieras perseverar continuamente en la humildad y la pequeñez para ti mismo, y controlar y gobernar bien tu espíritu, no te expondrías fácilmente al peligro y al pecado.

Es buena práctica considerar cuando se siente uno lleno de fervor, qué sucederá cuando se retire la gracia. Y considerar, cuando eso haya sucedido, que esa luz puede nuevamente volver; esa luz que por algún tiempo te quité para que fueras tú precavido, y fuera yo glorificado.

5. Muchas veces servirá más esa prueba, que si se tuvieran siempre cosas prósperas al gusto de uno.

Los méritos no deben medirse por las muchas visiones o revelaciones que uno tenga, ni por su co-

nocimiento de la Biblia, ni por el alto lugar en que se le ponga. No: deben medirse por el sólido fundamento de la humildad, por la plenitud de la caridad, por el empeño en buscar pura y totalmente la gloria de Dios, por la opinión de que nada vale uno, despreciándose, y dándole más gusto cuando otros lo desprecian y humillan que cuando lo honran.

Capítulo VIII

BAJA ESTIMA DE UNO MISMO ANTE DIOS

1. *El alma fiel*: «Aunque soy polvo y ceniza, voy a hablarle a mi Señor» si pienso que soy más, tú estás contra mí: mis iniquidades atestiguan la verdad, sin que pueda yo contradecirles.

Si me rebajo y me reduzco a la nada, sin tenerme en nada, volviéndome al polvo que en realidad soy, me favorecerá tu gracia, y tu luz alumbrará mi corazón. Entonces, toda estima de mí mismo, por muy pequeña que sea, quedará sumergida en lo profundo de mi nada, donde desaparecerá eternamente.

En ese abismo me haces ver lo que fui, lo que soy, hasta dónde llegué; pues soy nada, y no lo sabía.

Abandonado a mí mismo, soy nada y pura debilidad. Pero tan pronto como me miras, cobro fuerzas llenándome otra vez de alegría.

¿No es cosa admirable en extremo que me levantes tan pronto, que me abrasces con tanto cariño, a mí que por mi propio peso tiendo siempre a bajar hasta las íntimas cosas?

2. Esto es lo que hace tu amor, anticipándose tu gracia, ayudándome en tantas necesidades, guardándome de peligros terribles, librándome de males verdaderamente sin número.

Amándome desordenadamente me perdí. Amándote a ti solo, buscándote, te encontré y me encontré. Después, por amor me sumergí todavía más hondamente en la nada.

Porque tú, amabilísimo Señor, me concedes cosas sobre todo mérito, y hasta sobre todo lo que me animo a esperar y a pedir.

3. Bendito seas, Dios mío; porque, a pesar de ser yo indigno no dejan de hacer el bien aun a los ingratos y a los que viven tan lejos de ti.

Conviértenos a ti, para que seamos agradecidos, humildes, piadosos; porque tú eres nuestra salvación, nuestra virtud, nuestra fortaleza.

Capítulo IX

TODO DEBE ENDEREZARSE A DIOS FIN ULTIMO

1. *Cristo*. Hijo, yo debo ser tu fin último, y supremo si quieres ser verdaderamente dichoso. Con esta intención se purifica tu deseo que tantas veces se desliza hacia ti, y también hacia las criaturas.

Cuando te buscas en alguna cosa, inmediatamente desfalleces y te paralizas.

Reduce todas las cosas a mí, como a su principio; pues yo soy quien da todas las cosas.

Considera todas las cosas como procedentes del sumo bien. Por esa razón todas deben referirse a mí, como a su origen.

2. El chico y el grande, el rico y el pobre sacan agua viva de mí, como si fuera una fuente; y los que me sirven espontánea y libremente recibirán una gracia tras otra.

Pero el que quiera poner su gloria en alguna cosa que no sea yo, deleitándose en algún bien egoísta, no será confirmado en la alegría verdadera, no se le henchirá el corazón: tendrá múltiples embrazos y angustias.

Por esa razón no debes atribuirte a ti ninguna cosa buena, ni atribuir la virtud a ningún hombre; sino referirlo todo a Dios, sin el cual el hombre no tiene nada.

Yo he dado todo, yo quiero volver a tener todo, yo exijo acción de gracias con todo rigor.

3. Esta es la verdad que hace correr a la vanagloria.

Cuando entra la gracia celeste y la caridad verdadera, no queda campo para la envidia, ni para el egoísmo, ni para el amor propio.

El amor de Dios triunfa de todo, agrandando todas las fuerzas del alma.

Si juzgas rectamente, en mí solo gozarás, en mí sólo esperarás; porque «sólo Dios es bueno». A él se le debe la bendición en todas las cosas, y la alabanza sobre todas las cosas.

Capítulo X

DICHA DE SERVIR A DIOS DESDEÑANDO AL MUNDO

1. *El alma fiel.* Señor te voy a hablar otra vez; no puedo callar. Hablaré al oído de mi Dios, de mi Señor y rey que mora en las alturas.

«¡Ah, qué intensa, qué grande es la dicha que tienes reservada a los que te temen!» Y ¿qué será para los que te aman? ¿Qué será para los que te sirven con toda su alma? La dulzura de la contemplación, de esa contemplación que concedes a los que te aman, es verdaderamente inefable.

Me has demostrado con toda claridad la dulzura de tu amor sacándome de la nada, trayéndome a ti para que te sirviera cuando andaba perdido por allá lejos de ti y mandándome que te amara.

2. ¡Oh, manantial de amor eterno! ¿Qué diré de ti? ¿Cómo podré olvidarte, cuando tú te acordaste de mí todavía después de que me enfermé y me morí?

Tuviste compasión de tu siervo más allá de toda esperanza; y allende todo mérito le manifestaste buena voluntad y cariño.

¿Cómo te pagaré favor tan grande? En efecto, no a todos se concede que después de abandonar todas las cosas, abandonen el mundo también, para abrazar la vida religiosa.

¿Qué gracia hago con servirte, si todas las criaturas tienen obligación de servirte?

No debe parecerme mucho el servirte. Lo que sí me parece grande y admirable es que a un hombre tan indigno y miserable te dignes de admitirlo de criado, y aun de incorporarlo en el grupo de tus criados favoritos.

3. En realidad, todo aquello que tengo, todo aquello con que te sirvo, es tuyo.

Sin embargo, es al revés; tú me sirves más a mí, que yo a ti. El cielo y la tierra que creaste para servir al hombre, listos están para hacer cada día lo que tú les mandaste. Y es poco aún: a los ángeles mismos destinaste a que sirvieran al hombre. Sin embargo, a todo eso supera el que tú mismo te

hayas dignado de servir al hombre, y de prometer dártele.

4. ¿Con qué pagaré todos estos bienes innumerales? ¡Ojalá que pudiera servirte todos los días de mi vida! ¡Ojalá que siquiera un solo día pudiera servirte como debo! Porque eres verdaderamente digno de ser servido en todo, honrado en todo, alabado para siempre.

Tú eres mi verdadero Señor; yo, un pobrecito criado tuyo, obligado a servirte con todas mis fuerzas sin fastidiarte, sin cansarme jamás de alabarte. Así lo quiero, así lo deseo; ¿ignate tú de suplir lo que me falte.

5. Gran honra, grande gloria, servirte, desdénando todo por ti. Grande gracia recibirán aquellos que voluntariamente se sometan a tu santísima esclavitud. Hallarán los consuelos dulcísimos del Espíritu Santo aquellos que renuncien por tu amor a todos los deleites carnales. Gran libertad de espíritu adquirirán los que sigan el camino angosto, despojándose de todos los cuidados del mundo.

6. ¡Oh, agradable y alegre esclavitud divina con que uno se hace libre y santo de veras! ¡Oh, santo estado de la esclavitud religiosa que a los hombres iguala con los ángeles, que los hace capaces de apaciguar la cólera de Dios, que los hace temibles al demonio, respetables a todos los fieles! ¡Oh, esclavitud apetecible siempre, siempre digna de abrazarse, con la cual se alcanza el bien supremo, y se obtienen aquellos goces que eternamente duran!